

ARTÍCULO

LA BIOÉTICA Y LA ORIENTACIÓN DEL COMPORTAMIENTO SEXUAL HUMANO

PROF. DR. AQUILINO POLAINO-LORENTE

Catedrático de Psicopatología de la Universidad Complutense
Madrid (España)

Introducción

La sexualidad es una pieza relevante e irrenunciable en el análisis de la condición humana. El hecho de que la persona esté modalizada en uno de los dos únicos modos diversos que son posibles —el masculino o el femenino—, debiera hacernos reflexionar.

La sexualidad es un tema vital y no accidental, por cuanto ella misma, de forma natural, se acuna en una relación personal, en lo que supone un fuerte, irreversible e irrenunciable compromiso interpersonal, por cuya virtud, es posible la generación de un nuevo ser humano.

Este significado de la sexualidad constituye un hecho radical, como se comprueba siempre que la persona se cuestiona acerca de sí misma —¿quién soy?—, pues, entonces forzosamente comparece su origen y en él sus progenitores, los padres de los que procede.

En esa comparecencia está implícito también el acto fundacional —que no es sino el ayuntamiento sexual de los progenitores— que le dio origen, el acto originario de su propio ser y, en cierto modo por ello, el valor primero sobre el que se asientan todos los demás valores.

Menospreciar, desatender o reprimir este significado radical de la sexualidad humana es tratar de vanalizarla, haciendo de ella algo deshumanizado que, por eso mismo, insatisface y frustra a quienes así se conducen.

La sexualidad es, qué duda cabe, una de las funciones más vigorosas de la persona, pero no es la primera ni superior a todas las demás. La sexualidad es una función magnánima, digna, perfecta. Hasta el punto que sin ella se habría extinguido —nada más y nada menos— que la especie humana.

Es usual que se hable de los tres hitos que sirven, en la actualidad, como criterios de realización de la persona humana: “plantar un árbol, escribir

un libro y engendrar un hijo". En opinión de quien esto escribe, el último es incomparablemente superior a los dos primeros.

Engendrar un hijo es la mayor y más digna función de la persona humana, por cuanto coopera a la fundación de un nuevo ser —el "novum" por antonomasia, en este mundo— que es independiente de quienes lo generan, libre, capaz de solucionar o crear problemas y cuya vida tiene vocación de eternidad, voluntad de verdad, hambre de absoluto y anhelo de infinitud.

Cada persona humana es un ser único, incognoscible, irrepetible, insustituible, impredecible, con voluntad, inteligencia, afectividad,...

Acaso por eso, cuando una persona muere se produce siempre, en alguna forma, un irreparable desequilibrio ecológico, porque alguien único e irrepetible en la historia de la humanidad perece y jamás volverá a darse sobre la tierra. Y es que las personas no tenemos sustitución, no somos reemplazables. Tal vez por eso, la única manera de ser feliz —que es el fin de la vida humana—, consista en estar centrado en los demás.

El ser humano es más sí mismo en la misma medida en que se da a los demás. El ser humano es un "centro descentrado", es decir, que está más centrado cuando sitúa el centro de sí mismo en los demás, cuando se despreocupa de sí para ocuparse de los otros, cuando busca la felicidad ajena en lugar de la propia y eso porque sabe que esta última sólo la alcanzará, sólo se le dará como formando parte de aquella.

Todo esto tiene mucho que ver con la sexualidad. Porque la puerta de la felicidad personal se abre siempre hacia fuera (hacia los demás), y la única llave que abre su cerradura está siempre en posesión, en el bolsillo de otro.

Es cierto que en la actualidad hay otros muchos modelos desde los que la persona puede acercarse a la sexualidad (los que buscan sólo el propio placer; los que desatienden y se desentienden del otro; los que le reducen a mero objeto de deseo; los que trivializan la sexualidad interpretándola como una mera actividad mecánica y automatizada; los que menosprecian todo compromiso personal, etc.).

Pero muchos de estos modelos ofrecen unas explicaciones muy pobres e insuficientes, además de magnificar la sexualidad —el nuevo “becerro de oro” al que idolatran— y empobrecer y reducir la persona a un mero y anónimo homúnculo (Polaino-Lorente y García Villamisar, 1993b).

ALGUNAS DIMENSIONES DE LA SEXUALIDAD HUMANA

Son muchas las dimensiones que se concitan —y a las que es preciso atender— en la comprensión de la conducta sexual humana, tal y como acontece realmente en la persona.

El atenuamiento a estas dimensiones eleva a un nivel mucho más alto la complejidad de esta función —lo que sucede también, cuando trata de obviarse cualquier perspectiva reduccionista, desde la que observarla— de lo que, por lo general, hoy está puesto en circulación en nuestra sociedad.

En las líneas que siguen se dará razón de algunas de estas dimensiones, justamente aquellas de las que parece ser más pertinente tratar aquí. Pero, advierta el lector que están ausentes otras muchas consideraciones a las que ahora no puedo atender y de las que ya me he ocupado en otras publicaciones (Polaino-Lorente, 1998).

Así, pues, me atenderé en mi exposición a sólo seis de estas dimensiones (biológica, afectiva, cognitiva, sociocultural, política y ética). He optado por ellas, por considerar que son las dimensiones que mejor pueden servir a la verdadera orientación del comportamiento sexual humano.

Pero antes de profundizar en cada uno de ellas, permítaseme comentar una breve nota acerca de la competencia científica, a este respecto, de las diversas disciplinas y de los conocimientos actualmente disponibles.

Las investigaciones aportadas desde el campo de la psicología, la fisiología y la sociología han enriquecido, quién lo podrá en duda, nuestro saber antropológico acerca de la sexualidad. Ello no obsta para que todos estos conocimientos integrados, por muy profundos y veraces que sean, resulten insuficientes, reduccionista casi. De aquí la necesaria apelación a las dimensiones ética y religiosa del comportamiento sexual humano.

El autor de estas líneas en ningún modo pretende adentrarse en la teología desde su posición de psicopatólogo. Su pretensión se agota en hacer patente la insuficiencia de toda antropología que deje fuera de foco, que ignore —voluntariamente o no—, las aportaciones iluminadoras que sobre el saber acerca del hombre nos llegan por vía de la revelación.

Y es que, cuando Dios revela algo, Él mismo se desvela en lo revelado, y simultáneamente desvela también la naturaleza del destinatario al que va dirigida esa revelación. Dicho en otras palabras: el misterio revelado desvela —y de forma tan importante que resulta irrenunciable— el misterio del hombre.

Por esto no considero una caída en ningún intrusismo el hecho de asumir la última dimensión (la ética) a que se ha aludido. De hecho, tal dimensión contribuye a modelar el marco referencial, donde el hombre pueda asomarse cuando desee encontrar las normas verdaderas, a las que ha de someter su natural comportamiento sexual.

Veamos a continuación, de forma individuada, cada una de estas dimensiones:

1. La dimensión biológica

La dimensión biológica aparece a primera vista como la más obvia y, sin embargo, en absoluto lo es en la actualidad.

Hay determinados hechos como, por ejemplo, el que haya hombres y mujeres que no cambien en sus diferencias a lo largo del tiempo, el que sean morfológicamente tan diferentes (tanto en los caracteres sexuales secundarios como en el aparato genital y reproductor), que debieran hacernos pensar con la sabia pretensión de indicarnos algo.

Por otra parte, ciertos cambios (biológicos, climáticos, etc.), que alteran la conducta sexual animal, en modo alguno son determinantes en el caso del comportamiento de la persona. Para que la conducta sexual se ponga en marcha, la persona ha de tomar libremente una decisión, cosa que no acontece en las restantes especies animales.

El instinto animal no es libre sino algo forzado, exigido, necesario. En la persona, en cambio, por muy intensa que sea esta necesidad biológica,

es la voluntad la que siempre toma la iniciativa, la que finalmente decide. Y es posible que por vislumbrar otras necesidades o valores más altos, la persona bloquee libremente la necesidad sexual y la subordine a ellos.

Es éste un hecho diferencial entre el hombre y el animal: sentir no es consentir. Las personas están abiertas —por la racionalidad— a la libre autorregulación de su comportamiento sexual: “Hacer lo que se quiere —y no sólo se desea o apetece—, porque se quiere lo que se hace”. Esto es lo propio y natural en el ser humano.

La dimensión biológica reúne dos aspectos diferenciales: la procreación y la *genitalidad*. En la segunda es donde asienta fundamentalmente el hedonismo contemporáneo. Sin embargo, el natural encaminamiento de la sexualidad a la procreación es el que da mejor razón de ella, de su estructura anatonomofuncional, al tiempo que en la procreación es donde aquella encuentra y recibe su sentido último. Es un hecho que sin ella no se explicaría, no se daría razón de otro hecho tozudo: la existencia de las personas en el mundo.

En la actualidad, el *aspecto generativo* de la dimensión biológica es la que aparece especialmente perturbado, por vía de una cierta marginación disociativa. Es frecuente que en el uso de la capacidad sexual se reprima y frustre la dimensión procreadora, mientras que no se escatima ningún medio, por artificial que sea, para agigantar a veces hasta la monstruosidad la dimensión genital, de manera que se satisfaga el placer, el hedonismo ególatra. Y esto a pesar de que tales medios artificiales, perseguidores de la exaltación hedónica, supongan, en muchos casos, un atentado contra la naturaleza humana, algo que incluso puede vulnerar la salud personal.

En opinión de quien esto escribe, uno de los acontecimientos más relevantes de nuestro siglo XX ha sido el descubrimiento y la aplicación de los contraceptivos en la década de los sesenta. Por efecto de ellos, se disociaba por primera vez en la larga historia de la humanidad —y con todas las garantías exigidas— la capacidad reproductora y la conducta sexual (Polaino-Lorente, 1974).

A partir de entonces, y como consecuencia de generalizarse esta práctica, la sexualidad se ha vanalizado y trivializado. De aquí que sea pertinente

cuestionarse: ¿qué es más importante, el sexo por el sexo (placer) o el sexo que, sin renunciar al placer, engendrar un nuevo ser?

2. La dimensión afectiva

El ayuntamiento carnal entre personas es siempre una relación comprometedora, además de comprometida. Y es que este tipo de relaciones, contra todo lo que se ha dicho en estos últimos años, no debieran ser degradadas a algo puramente periférico y epidérmico.

El hombre y la mujer son, antes que nada, personas. Por eso no pueden utilizarse recíprocamente (ni aun cuando voluntaria y tácitamente así lo hayan acordado), con la pretensión exclusiva de tomar en el otro la pequeña dosis de placer que sólo egoístamente satisface a cada uno de ellos.

El ayuntamiento carnal en la persona va siempre entreverado de resonancias afectivas que, inequívocamente, dejan una impronta, una profunda huella, hasta el punto de formar parte de ese tejido íntimo que es la propia personalidad.

Cuando se excluye o margina el compromiso afectivo en esas relaciones interpersonales, la relación sexual humana queda abismada y vacía de su natural efectividad, perturbándose y descendiendo a un nivel que está muy por debajo de lo que caracteriza a las relaciones entre los animales.

El hombre y la mujer, aunque funcionalmente puedan entrelazarse como seres anónimos, de hecho, ni lo son ni jamás lo serán. El tratamiento del hombre por la mujer o viceversa, como un simple objeto de placer, es siempre un atentado contra la esencia metafísica del hombre.

La represión de la dimensión afectiva genera sentimientos de culpa, de subestimación, de asco, de náusea, etc. —incluso entre los no creyentes—, lo que acaba por poner un cerco a la persona, encerrándola en el estrecho perímetro de la neurosis.

Afectividad y sexualidad son dimensiones que se dan unidas en la persona y así debieran permanecer, sin disociaciones artefactuales y artificiales, en una palabra, sin disociaciones desnaturalizadoras.

La mujer se comporta de modo distinto al hombre en lo que atañe a la efectividad. Una y otro, al desunir lo que estaba unido —al vivir la sexualidad sin ningún compromiso con la afectividad—, sacrifican y reprimen uno de los ingredientes más importantes y necesarios de la función sexual humana.

En la actualidad, estas dos dimensiones suelen darse desligadas en la práctica; lo que transforma radicalmente la naturaleza misma de esa relación, que por ello deviene en una mera utilización recíproca de quienes así se comportan. Es lo que suele caracterizar a la sociedad del “usar y tirar”: “Ahora te utilizo y, después, cuando ya no me sirves para satisfacer mi propósito, te abandono”.

Pero esto no suele terminar aquí. Siempre que la persona utiliza al otro, se utiliza también a sí misma. De la misma forma que cuando se falta el respeto a otra persona, a nosotros mismos nos lo estamos faltando.

Hoy se reprime con harta frecuencia la dimensión afectiva que va implícita en la conducta sexual, lo que constituye una lamentable e irreparable pérdida, por cuanto que ésta queda amputada de uno de sus más nobles componentes: el de querer y saberse querido, el de darse y tomarse, recíprocamente.

En la actualidad, dado el uso de ciertas costumbres erróneas, son muchas las personas que deben elegir entre disfrutar transitoriamente de un cuerpo sin interioridad y casi sin nombre (sólo interesa su apetecibilidad) u optar por la entera persona, incluida su interioridad y subjetividad, el alma de su alma (su afectividad), además de, por su puesto, su cuerpo (Polaino-Lorente y Carreño, 1994; Polaino-Lorente y Martínez, 1993a).

3. La dimensión cognitiva

El conocimiento es lo que más compromete a la persona humana. Aunque uno pueda manipular la verdad, no por eso dejará de encontrarse con la verdad de que es un manipulador.

La inteligencia tiene una tendencia natural a comprometerse con la verdad. Esta es la razón por la que los jóvenes quieren ser sinceros, auténticos,

verdaderos. Esto les viene de la razón. De todo lo que puede comprometer a la persona, es el conocimiento interpersonal lo que más le obliga.

El conocimiento del otro es inseparable del amor por él. Conocer y querer, aunque desde la perspectiva racional sean funciones distintas, en el plano operativo resultan indistinguibles. Lo uno lleva a lo otro. Cuanto más se ama a una persona, mejor se la conoce o al menos se intenta conocerla. Y viceversa.

Frustrar esta dimensión de la sexualidad humana —poco importa que las otras dimensiones sean o no satisfechas— significa poner en grave peligro, en muchas ocasiones, la continuidad de ese compromiso interpersonal.

El quebranto de la fidelidad amorosa —con independencia de que se haga acompañar o no del correlato del comportamiento sexual— puede ser explorado a través de las manifestaciones de insatisfacción en esta dimensión. Una de sus consecuencias más frecuentes e importantes.

La rutina, el tedio, el aburrimiento, el aburguesamiento en la relación con el otro —tal vez confortablemente instalado en la poltrona, supuestamente conquistada—, son en muchos casos los agentes destructores de la lealtad en la pareja.

El amor entre personas, incluso el ayuntamiento carnal entre ellas exige la luminosidad del mutuo conocimiento. Si no hay conocimiento nada hay que comunicar; si no hay nada que comunicar, difícilmente habrá algo que compartir.

El amor de la persona no se gana de una vez por todas y para siempre. El amor entre personas es una continua conquista, en la que, obviamente, está implicado el conocimiento recíproco de los amantes (Polaino-Lorente, 1994).

4. La dimensión sociocultural

Naturaleza y cultura, “*natura naturata et natura naturans*”, “*Naturwölker und Kulturwölker*”, “*nature and nurture*” no están tan enfrentadas, como algunos autores han sostenido a lo largo de algunos siglos. Es un hecho que la persona, por naturaleza, está abierta a la cultura y también, claro está, una de las funciones de esa naturaleza como es la sexualidad.

Esto quiere decir que la conducta sexual no es ajena a los factores socioculturales, sino que éstos modulan, modelan y acaban por configurar un determinado estilo de comportamiento —más o menos puesto en razón—, en función de cuáles sean la dirección y presiones socioculturales, virgenes en ese concreto contexto histórico.

A lo que parece, un comportamiento sexual es considerado hoy como normal, simplemente en función de que satisfaga un mero criterio estadístico: por lo general, el de su frecuencia.

De otra parte, la exposición a la observación de determinados modelos de comportamiento sexual —por otra parte, tan sobredimensionados por su exceso en los “mass media”— es lógico que, primero, disemine estos estilos y que, un poco más tarde, contribuya a su total generalización en la sociedad.

Una vez bien asentado este modo de comportarse —con tan sólo la “normalidad” de lo que es regular y acostumbrado—, resulta casi inevitable, en la práctica, que no se acabe por confundir lo que es real —por su frecuencia— con lo que es normal —por su naturaleza. En función de este modo de proceder, se están “normalizando”—no sin una cierta forzosidad artefactual— conductas sexuales que, de suyo, no son naturales (Cfr. Polaino-Lorente, 1997).

5. La dimensión política

Muchas de las anteriores cuestiones tienen también su correspondiente representación en la dimensión política de la sexualidad, por lo que merecen un especial consideración.

Este es el caso, por ejemplo, de la decisión tomada por los Ministerios de Sanidad y Consumo y Asuntos Sociales de algunos países, de lanzar una campaña dirigida a los adolescentes y jóvenes, promoviendo el uso generalizado de preservativos.

Según se afirmaba, el objetivo era evitar enfermedades de transmisión sexual, especialmente el SIDA y los embarazos no deseados, que pudieran derivarse del creciente aumento de relaciones sexuales entre adolescentes y jóvenes.

Sin embargo, las motivaciones profundas de estas campañas resultan un tanto incomprensibles, porque parece increíble que los mencionados Ministerios carecieran de los datos que proporciona la ciencia actual sobre estas cuestiones.

Los responsables de las citadas campañas parecían estar anclados en una sexología freudiana, superada ya hace lustros por los mejores avances de la psiquiatría y descalificada por los resultados que a la vuelta del medio siglo transcurrido están a la vista. Sólo pueden explicarse estas campañas por una ideología materialista-mesiánica, entonces subyacente en la mentalidad oficial.

La campaña oficial se pretendió justificar apelando a razones sanitarias: evitar los embarazos de las adolescentes y el contagio del SIDA. Lo curioso es que se hayan silenciado otras muchas cosas.

Se ha ocultado, por ejemplo, que la promiscuidad sexual que, directa o indirectamente, se pretende evitar con estas campañas conducirá a muchos más embarazos y enfermos de SIDA, ya que el uso del preservativo no evitará sino que contribuirá a su aumento (Polaino-Lorente y Martínez, 1995).

Se ha ocultado que el preservativo no es una barrera infranqueable para los espermatozoides, ni mucho menos para el virus del SIDA, que es 500 veces más pequeño que aquellos.

Se ha ocultado que campañas semejantes, con los mismos aparentes motivos se realizaron hace ya lustros en otros países, con resultados bien distintos a los esperados y anunciados por sus promotores.

Se ha ocultado que el uso de preservativos no es algo trivial, como pueda ser la venta de caramelos a la puerta de un colegio. La indigestión por un exceso de caramelos es fácil de curar y el niño, a causa de ello, aprende pronto a autocontrolar sus impulsos alimentarios. Pero el hábito de buscar la satisfacción sexual a toda costa y con cualquiera —pronto bien arraigado—, es mucho más difícil de extinguir.

Las consecuencias de la desinformación producida a través de este talismán mágico del placer y de la invulnerabilidad (que es el preservativo), tan apetecible para los adolescentes, permite prever, a corto plazo, un gran aumento de jóvenes seropositivos.

Al regalar el gobierno los preservativos, está robusteciendo y aumentando la frecuencia de ciertos hábitos y comportamientos sexuales en los jóvenes, que son las personas más vulnerables, por su inexperiencia e impulsividad, a estas campañas, frente a las cuales se sienten desvalidos.

Por otra parte, se nos quiere hacer pensar que esta situación "es lo normal", cuando en modo alguno lo es. Pues si se suscita un cierto hábito sexual —y el uso del preservativo lo suscita—, con independencia de que se evite o no el contagio de SIDA, el hecho es que tal hábito queda por la práctica robustecido y viogrizado.

Es decir, a causa de este nuevo hábito —una cierta facilidad para obrar en un determinado sentido— se disminuye el autocontrol del joven sobre su propio comportamiento sexual. De aquí que, como consecuencia del nuevo hábito formado, la persona joven incrementará su tendencia a tener relaciones sexuales, independientemente de que disponga o no de preservativos.

La vulnerabilidad de los más jóvenes respecto del contagio queda así facilitada a causa de estas campañas, simultáneamente que se les está haciendo creer lo contrario, lo que constituye una tremenda y torpe manipulación.

Los jóvenes son así las víctimas propiciatorias de este timo del preservativo. Recuérdese, a este respecto, que la tasa de riesgo de que el preservativo falle, se sitúa hoy entre el 15% y el 20%. Es decir, que suelen fallar en uno de cada cinco o seis contactos sexuales.

Mientras el SIDA continúe siendo una enfermedad mortal —como lo es en la actualidad—, éste es un riesgo abrumador e insostenible, por lo que habría que haber prohibido (¿o tal vez penalizado?) estas campañas (Polaino-Lorente, 1992).

La Administración pública cargó, entonces, con una responsabilidad ética de enormes proporciones. ¿Se atreverá acaso a dar cuenta de los resultados de aquella campaña dentro de 15 o 25 años?

Las consecuencias disolventes de la neurotización freudiana de la sexualidad están, más que cantadas, a la vista. ¿Cómo es posible que los responsables de la salud pública y del bienestar social de un país civilizado cierren los ojos a una realidad tan palmaria? (Polaino-Lorente, 1990).

6. La dimensión ética

Desde la moral católica es natural decir que "toda relación sexual fuera del matrimonio es pecado". Y esto es porque el matrimonio implica: contrato, conocimiento, compromiso, estabilidad, vínculo, posibilidad de engendrar, sacramento, etc.

En opinión del autor de esta colaboración, muchas personas viven hoy la sexualidad de una forma decadente o frustrante. De hecho, cuando se aseguran de que no llegará otro niño, se está frustrando las dimensiones de masculinidad-paternidad y de feminidad-maternidad.

La sexualidad natural está más de acuerdo con que las relaciones sexuales se den dentro del matrimonio y, además, con una apertura a la vida. Si no es así, es la misma persona la que se hace daño, por lo que ya hemos comentado antes. La Iglesia es una experta en sexualidad. Más aún, a través de sus criterios se manifiesta como la gran libertadora de la represión de la sexualidad.

La persona se hace daño a ella misma cuando en el contexto de esta relación apenas se compromete o lo hace sólo en parte, es decir, secotrial, mente (hedónicamente). Nada de particular tienen que, más tarde, emerjan sentimientos de soledad, culpabilidad, insatisfacción, baja autoestima, etc.

Por contra, en el matrimonio ese compromiso está reasegurado, haciendo patente ciertas propiedades naturales del amor humano: la unidad (los enamorados quieren estar juntos), la intimidad (quieren estar sólo ellos), la fidelidad (quieren estar siempre juntos) y la exclusividad (sólo tú para mí, y yo sólo para ti).

Las dimensiones anteriores apuntan, se dirigen y tienden a concitar en esta dimensión ética, finalista, teleológica, en donde todas ellas se completan y perfeccionan.

Y ello, en primer lugar, porque la capacidad generativa humana no sería tal sin la intervención del Ser que la hace posible, y a la que ésta debe ordenarse.

En segundo lugar, porque los afectos entre personas encierran en sí la gran aspiración de ser parte de los afectos de los hombres a Dios. Del

mismo modo, el compromiso afectivo entre el hombre y la mujer llega a su techo más alto cuando, desbordándose, se vierte en una tercera persona, dependiente y generada por ellos, pero libérrima, a la que llamamos hijo.

Pero no se olvide que el nuevo ser y los afectos que sobre él inciden y que de él proceden, por ser libérrimo y por haber sido creado, está religado y vincularmente comprometido con Dios, que le hizo ser.

Por consiguiente, el amor entre padres e hijos es indisociable —debiera ser una misma y única cosa— del amor entre los cónyuges entre sí, entre los cónyuges y Dios y entre los hijos y Dios. La filiación humana no se explica ni se entiende sin la filiación divina. He aquí, en esbozo, una clave apenas apuntada, para la reflexión acerca de la familia.

Y, en tercer lugar, porque el conocimiento mutuo se acrecienta a la luz del conocimiento divino. Bajo la luz de la fe el conocimiento humano adquiere nuevas profundidades, en las que emergen el otro y uno mismo, con un realismo nuevo, en el que se hacen transparentes aspectos hasta entonces desconocidos.

De hecho, en la medida que uno se respeta a sí mismo —y se respeta a sí mismo en función de su saberse hijo de Dios—, respeta a los demás. Éstas son algunas de las aportaciones del saber teológico que resultan irrenunciable para la antropología.

Desde esta perspectiva puede hablarse de una teología cristiana que desde el estudio del hombre se encamina hacia un acercamiento al conocimiento de Dios. Convendrá en lo sucesivo investigar en el hombre desde la luz de la fe. Con esta vía de acercamiento a la antropología —vía descendente desde Dios al hombre—, el hombre asciende hasta el puesto que realmente ocupa en el cosmos, posición donde debería estudiársele siempre y que debiera ser exigida a toda investigación antropológica que tenga la pretensión de ser realista.

Esta dimensión ética de la sexualidad humana urge al hombre para que, aceptando consecuentemente la fe recibida, ajuste su comportamiento al mensaje revelado. La subordinación del hombre a Dios, antes expresada, no supone un límite restrictivo para su libertad. Antes bien, ésta queda ampliada en tanto que mientras se subordina a la fe y ajusta a ella su comportamiento, la fe misma sale garante de que el comportamiento humano es adecuado a la verdad.

Después de lo ya expuesto, queda claro que el hedonismo ni es ni podrá ser jamás un punto cardinal que sirva de referencia para el ordenamiento de la conducta sexual humana. El placer que el comportamiento sexual lleva parejo no es ni referencia, ni guía de esa actividad, sino más bien consecuencia subordinada a ella y derivada de ella. Y en tanto que consecuencia es aceptable, buena, óptima, siempre que previamente se hayan satisfecho las dimensiones antes referidas.

En cambio, la renuncia voluntaria al placer emanado de este comportamiento y a ese mismo comportamiento, ni disminuye, ni degrada, ni altera a la persona, siempre que haya un motivo superior, justo y razonable, que así lo aconseje y/o exija.

La reorientación de la sexualidad humana en el marco de la ética cristiana exige satisfacer los requisitos hechos explícitos en las anteriores dimensiones. Cuando se satisfacen todas ellas, el comportamiento sexual deviene en una actividad finalista, propositiva, teleológica, plena de sentido, personalizada, en una palabra, humana y, por consiguiente, sobrenaturalizable.

LIBERTAD, VERDAD Y SEXUALIDAD

La vida humana ni está unívocamente determinada, ni tampoco completamente por hacer. El hombre —y todas las actividades por él realizadas— está enraizado en su naturaleza, a la vez que abierto a la historia. No cabe, pues, encorsetarlo en ninguno de estos dos determinismos: ni el fisicalismo biológico, ni el historicismo pretendidamente autorrealizador. Porque el hombre, en cualquier momento de su vida que se le considere, no está del todo hecho ni del todo por hacer, sino que es un ser libre.

La grandeza de la libertad, sin embargo, está contrabalanceada con la posibilidad de hacer un mal uso de ella, con la miseria de elegir el error, con la posibilidad de extraviarse a sí mismo.

En el fondo de esta hipótesis posibilista subyace el misterio de la libertad humana; un misterio éste que no es fácilmente apresable, pues, de una parte, el hombre por la libertad se abre a todas las cosas, pudiendo someterse a la verdad

de los seres todos. Pero de otra, el hombre es vulnerable, puede errar y no acertar en sus decisiones, mientras busca la verdad en los demás seres.

La libertad hace posible la apertura del hombre hacia la verdad; pero también esa misma libertad hace posible el replegamiento hermético del hombre en sí mismo y en sus propios errores.

El mal uso de la libertad —y el error que es su causa— en absoluto puede entenderse como un signo de libertad y mucho menos como la misma libertad. De ahí que de ninguna manera resulte más libre el que más se equivoca. Antes al contrario, quien más yerra menos libre es.

Es precisamente por esta libertad que el hombre puede usar desordenadamente, erróneamente de muchas de sus facultades. La función generativa es una de esas facultades cuyo uso erróneo está hoy muy frecuentemente extendido. Este error generalizado patentiza la falta de formación del hombre contemporáneo y su atrincheramiento en la ignorancia ganancial y vencible.

Esta ignorancia es *ganancial*, porque en muchos casos hunde sus raíces en el hedonismo, un efecto concomitante y derivativo del uso de la capacidad generativa. Y es *vencible*, porque el desarrollo contemporáneo de muchas disciplinas permite una información precisa, rigurosa y ajustada a la realidad, que es de hecho incompatible con esos usos y costumbres erróneas a las que me he referido anteriormente.

La ignorancia hunde al hombre en la oscuridad y le hace dependiente, cada vez más dependiente de sus propios errores. De aquí la conveniencia —tal y como se ha hecho líneas atrás— de ofrecer unas coordenadas, un marco de referencias, unos puntos cardinales, que posibiliten a la persona la reorientación de su conducta en lo que aquí respecta, de forma que se ponga término o al menos se aminore la frecuencia de estos errores del comportamiento.

Ofrecer referencias no es otra cosa que procurar al hombre señales, objetivos, hitos imbatibles, que guíen, orienten, señalen y faciliten así de forma certera su andadura por la vida, hasta el punto de que le encaminen a alcanzar su destino personal.

LA GRANDEZA DE LA SEXUALIDAD HUMANA

Lo afirmado hasta aquí permite sostener que la sexualidad humana es, en sí misma, una perfección. Pero esta perfección no ha llegado a su máximo desarrollo en el momento del nacimiento de la persona, sino que está abierta a una continua evolución a lo largo de las múltiples etapas evolutivas por las que el niño atraviesa.

En cierto modo hay que concluir que la sexualidad humana es una *perfección perfectible*. En tanto que *perfección (inicial)*, la sexualidad es una función que ha sido dada al hombre, algo que ya es y frente a la cual al hombre sólo le cabe hacer muy poco, a no ser asumirla, conservarla y agradecerla.

Pero en tanto que *perfectible*, la sexualidad humana está todavía por hacer, es lo no-sido-todavía, lo que el hombre está llamado a hacer para elevar al máximo nivel de sus posibilidades la perfección inicial que le fue dada.

La estructura que acabamos de observar pone de manifiesto algunas notas características del comportamiento sexual humano. Puede concluirse, pues, que en el hombre esta conducta es *indeterminada* (no determinada por el mero instinto), *plástica* (algo que se modela a lo largo de la vida y que no está modulado desde el mero fijismo innato y biológico), *libre* (pues, de lo contrario, no sería perfectible), *autocontrolable* (porque es el mismo hombre el que la dirige, orienta y controla, y no los eventos circunstanciales del medio) y *autoperfectible* (porque con la repetición de determinados actos libres dicha función puede también autoperfeccionarse).

Ahora bien, siempre que el hombre deje de desarrollar esta capacidad, de acuerdo con lo que debe ser la dirección de sus posibilidades, siempre que se niegue a optimizar su desarrollo, lo "perfectible" de esta perfección quedará en cuanto tal frustrado.

Esto significa que, gracias a la libertad humana, esta función no sólo se nos aparece como una "perfección perfectible", sino también y por eso mismo, como una "perfección defectible". En la medida que el hombre no satisfaga lo "perfectible" de esta perfección (inicial), en esa misma medida hace de ella algo defectible, es decir, un comportamiento defectuoso, probablemente negligible, tal vez culpable, y acaso hasta punible.

Un reto como el que aquí se pone de manifiesto revela la responsabilidad que cada hombre tiene respecto de la propia y la ajena conductas sexuales, responsabilidad ineludible, de la que muy difícilmente la persona puede escapar.

Bibliografía

- POLAINO-LORENTE, A. (1998). *Sexo y cultura. Análisis del comportamiento sexual*. Rialp. Madrid, 2ª ed.
- POLAINO-LORENTE, A. (1997). *Bioética y etiología de la homosexualidad*. *Cuadernos de Bioética*, VIII, 32, 4ª, págs. 1275-1321.
- POLAINO-LORENTE, A. (1995) *Embarazo y maternidad en la adolescencia*. A. Polaino-Lorente y P. Martínez Cano. Ed. Rialp. Madrid.
- POLAINO-LORENTE, A. y CARREÑO, P. (1994). *Familia: locura y sensatez*, Editorial Alfa Centauro. Madrid, 2ª ed.
- POLAINO-LORENTE, A. (1994). *Amore coniugale e maturità personale*. A. Polaino-Lorente. Ed. San Paolo. Milano.
- POLAINO-LORENTE, A. y MARTÍNEZ, P. (1993ª). *La crisis de la familia, hoy*. Folletos Mundo cristiano, nº 577.
- POLAINO-LORENTE, A. y GARCÍA VILLAMISAR, D. A. (1993b). *Terapia familiar y Conyugal*. Ed. Rialp. Madrid.
- POLAINO-LORENTE, A. (1992). *La prevención del SIDA. Un reto para la conducta del hombre contemporáneo*. *Atlántida*, 3, págs. 32-42
- POLAINO-LORENTE, A. (1990). *El psicoanálisis, cincuenta años después*. *Atlántida*, 1, págs. 90-94.
- POLAINO-LORENTE, A. (1974). *Desvelando las encrucijadas de la intimidad*. Premio de la Real Academia de Medicina de Cádiz. Monografía editada por la Real Academia de Medicina de Cádiz.